

PUNTO DE SUSCRICION.

IMPRENTA

DE LOS

SUCESORES DE RAMIREZ Y C.^a

Pasaje de Escondillers, n.º 4.

LA SUSCRICION EMPIEZA

EL 1.º DE CADA MES.



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN BARCELONA:

POR UN MES. [RVN.] 1.450
PROVINCIAS. 2
EXTRANJERO Y ULTRAMAR. 4

NUMEROS SUELTOS,

2 cuartos.

SE PUBLICA A LO MENOS

UNA VEZ CADA SEMANA.

PERIÓDICO JOCO-SÉRIO.

SEGUNDA ÉPOCA.

Para los pedidos y reclamaciones de Barcelona, en el punto de suscripcion; para los de fuera, dirigirse por escrito, al Administrador de este periódico. — Se paga al pedir la suscripcion.

Pueden hacerse las suscripciones desde fuera de Barcelona, enviando a esta Administracion su importe en sellos de correo.

EL EX-POLLO.

Que el señor Romero Robledo es una especialidad en su género, nadie lo pone en duda. Y si alguna vez pudiera sospecharse otra cosa, el banquete celebrado en Sevilla nos hubiera dado la medida de los puntos que calza el jefe de los húsares.

Yo no he visto en mi vida una despreocupacion semejante. Imposible es que Antequera haya criado otro Paco que ni siquiera se parezca a nuestro ministro de la Gobernacion.

Declaro que su discurso me ha dejado atortolado. Porque miren ustedes que presentarse todo un ministro de la talla del rubicundo Paco á hacer política de sobre-mesa en los términos que la hizo el consecuente secretario de la Junta revolucionaria de 1868, se ve pocas veces.

En tiempos no tan felices como los que atravesamos, un ministro, si abría la boca fuera del Parlamento, acostumbraba á hacerlo en una forma que nada se parecía á la usada por el señor Romero. Hablaba de los intereses del país, de los proyectos concebidos para mejorarlos, de administracion, etc., etc.; pero hoy, hoy se han trocado los papeles.

Hoy vemos á todo un ministro cargar con las alforjas y trasladarse á una capital de provincia, no para hacerse cargo de sus necesidades, no para ver con sus propios ojos los defectos de su administracion y aplicar el debido correctivo, no para oír las quejas de la ciudad, que como todas las de España, se encuentra á la última pregunta; no para reanimar con su presencia y sus actos la abatida industria, sino para convertirse en un orador populachero y ramplon, dedicando su especial oratoria á hacer política menuda y á establecer un pugilato de mal gusto sobre si este partido es mejor que el otro, sobre si los adversarios son pretendientes ó no son pretendientes, sobre si estos son más honrados que aquellos y sobre un sin fin de lugares comunes que no deberían jamás ocupar la atencion de un ministro, por más que este ministro se llame Romero Robledo.

Acostumbrados estamos los españoles á oír las agudezas del ex-pollo de Antequera; sabemos de sobra que el jefe de los húsares no se para en barras cuando le conviene hacer una de las suyas; pero francamente, por el buen nombre de nuestra patria, no quisiera que esos espectáculos se repitieran.

Nada tenía que decir el señor Romero Robledo

sobre el estado del país, que ocupó su tiempo exclusivamente en atacar al partido constitucional? ¿Cree el ministro de la Gobernacion que interesa gran cosa á los españoles saber lo que piensa S. E. respecto al partido fusionista?

Si el señor Romero Robledo no sabe hacer más que esto, medrados estamos. Con estas condiciones yo tambien serviria para ministro.

Y aún prescindiendo de la inoportunidad de lo dicho por el húsar mayor, aún prescindiendo de sus continuas inconveniencias, ¿con qué autoridad el señor Romero Robledo se entromete á zaherir una agrupacion política de la que en otros tiempos formó parte? ¿Con qué autoridad se erige en el más leal defensor de determinados principios?

Cuando se recuerdan ciertas veleidades, me parece que no es muy oportuno soltar ciertas declaraciones.

Lo que es á mí, y dispense el señor Romero Robledo, lo que es á mí no me la pega.

Podrá decirnos cuanto quiera respecto á sus actuales querencias, pero yo siempre me acordaré de algunos párrafos de la historia y no podré menos de esclamar: «Eres turco y no te creo.»

Sea como quiera, el señor Romero Robledo no ha satisfecho las esperanzas que habia hecho concebir por su esperado discurso.

Apostaria cualquier cosa que ni sus más íntimos amigos han quedado prendados de su última elucubraci6n, por más que otra cosa aseguren.

Y el caso no es para menos.

Hacer que las mil y una trompetas de la Fama llenen los aires para proclamar el grande acontecimiento; llenar las columnas de los periódicos para dar los más pequeños detalles de lo que ha de suceder en Sevilla; anunciar serenatas, giras, bailes y otros agradables pasatiempos; profetizar el grandioso resultado de la expedicion, para sacar en limpio que el señor Romero Robledo no tuvo nada, absolutamente nada que decir sobre el estado del país, ni de sus proyectos, ni de los del Gobierno de que forma parte; que no dedicó ni una sola frase á la necesidad de mejorar en lo posible la situacion harto precaria de nuestra patria, y si solo que gastó su grandilocuente oratoria en combatir á los constitucionales, que no podian contestarle, y en prodigarse á sí propio las más exageradas alabanzas, dando con esto motivo á creer que al señor Romero Robledo se le ha muerto la suegra y que no necesita de vecinos, esto ni está á la altura de todo un ministro de España, ni tanto ruido era necesario para tan pequeña cosa.

El señor Romero Robledo que se enamora de todos sus actos, por más que algunos de ellos estén muy lejos de enamorar á nadie, podrá haber quedado muy satisfecho de su expedicion; sus amigos podrán darle la enhorabuena por más que la procesion vaya por dentro; pero tenga por seguro que el país está muy lejos de participar de estas satisfacciones, porque el país no ha visto nada en el acto del jefe de los húsares; no ha visto más que un discurso del señor Romero Robledo cortado con las mismas tijeras que todos sus discursos y que en resumidas cuentas no es más que otra de las muchas genialidades del ministro de la Gobernacion.

Valiéndome de las propias palabras del pollo antequerano, le diré que su discurso no ha descubierto ningun continente.

En cuanto á LA BOMBA, solo tiene que decir al ex-joven lo que se dice en semejantes casos:

Para este viaje no se necesitaban alforjas.

Mi apreciable colega de la corte, Madrid Cómico publica un artículo que, aunque va dirigido á determinados críticos dramáticos, puede muy bien hacerse extensivo á otra clase de críticos que yo conozco de vista.

Esta circunstancia me ha inducido á reproducir el trabajo del Madrid Cómico, que estoy seguro no desagradará á mis lectores, puesto que en él verán retratados de mano maestra á ciertos entes que, si alguna vez el público se ha ocupado de sus nombres, ha sido únicamente por la forma descortés y rabiosa que ha destacado en sus escritos.

Hé aquí el artículo:

EL CRÍTICO RABIOSO.

La fatuidad mezclada con la ignorancia, y el despecho unido á la envidia, forman el corazon de estos señores.

Para ellos lo bueno es mediano, lo mediano malo, y lo pasable un crimen.

El crítico rabioso no escribe críticas ni sabe lo que escribirlas significa.

Endilga sueltos anónimos, donde impunemente derrama su bilis, con la necia autoridad de un Aristarco estúpido.

Por fortuna nadie le hace caso.

Ni el autor, que le desprecia, ni el público, que le confunde con su indiferencia.

Todo lo que una crítica razonada, imparcial y decorosa tiene de noble y provechoso, tiene de ruin, mezquino y miserable el suelto grosero, que solo sabe llamar insulto, necio é ignorante á un autor, diciendo que su obra es detestable, porque sí.

Los críticos rabiosos no saben nunca lo que sucede en el teatro.

Para ellos, los aplausos, siempre son de la clac.
Si la obra es cómica y el público se ríe, dicen al día siguiente que el público se aburrió de lo lindo.
Si el autor es llamado á escena, aseguran que unos cuantos amigos decidieron el éxito.
¡Como si los amigos pudieran decidir el éxito de una obra dramática!

Ninguna se silbaría entonces. Todos los autores tienen amigos en el teatro las noches de estreno, y tampoco faltan nunca á las empresas en esos críticos momentos.

Pero el rabioso no puede confesar la verdad de lo ocurrido, porque su envidia es más fuerte que su voluntad.

Figúrense ustedes que este pobre hombre gana al mes veinte ó treinta duros emborronando cuartillas é injuriando á todo el género humano; que vive como Dios quiere, y tiene la esperanza de seguir viviendo á la buena de Dios hasta el fin de los siglos; que presenta comedias en todos los teatros y en ninguno se las admiten; que atesora día y noche, entre los más recónditos pliegues de su alma, un odio profundo hacia el autor que produce y gana á fuerza de trabajo, lo que el crítico rabioso no puede ganar nunca...

Figúrense ustedes todo esto y muchísimo más, y díganme en qué clase de tinta mojará su pluma de pavo, ese severísimo juez, que así reparte palizas en su periódico como podría repartir en la calle anuncios y programas.

Como dice un eminente compositor, tan lleno de talento como de gracia, esos... entes nunca huelen donde el perfume es agradable, sino que aplican siempre la nariz á la parte del cuerpo menos noble y digna, y naturalmente, siempre huelen mal.

Así, noten ustedes que jamás se fijan en lo bueno de una obra; que jamás al lado de los defectos colocan sus bellezas; que para ellos solo existe lo peor, creyéndose con derecho á propinar toda clase de insultos contra quien, ya que no otros títulos, tiene el indiscutible de valer siempre más que su iracundo detractor.

El crítico rabioso no ha publicado ninguna obra. No ha ganado en palenque literario alguno, el derecho de corregir á los demás; no es nada, ni vale nada, ni significa nada. Se mete á periodista-crítico, como podría meterse á carpintero ó á limpia-botas, y una vez parapetado en las columnas del periódico, suelta el mirlo á todo bicho viviente, seguro de que ninguno le ha de contestar; porque, ¿quién es el atrevido que entabla una polémica defendiendo su obra contra las dentelladas del lobo?

Sería ridículo.
Vedle en el teatro. ¡Qué gesto! ¡Qué sonrisa de desden! ¡Qué aire de soporífero fastidio!

Idle en los intermedios:
—¡Detestable! ¡Estúpido! ¡Mamarracho!
Leedle el día siguiente:

«Anoche asistimos al estreno de una quisi-cosa sin interés, sin gracia, sin sentido común. Unos cuantos amigos llamaron al autor, y el público imparcial protestó de un absurdo incalificable. A pesar de los esfuerzos de los actores y de la clac, la obra sufrió el castigo merecido.

¡Qué enseñanza para el autor!
¡Qué crítica tan fina, tan delicada, tan justa!
Porque hay que advertir que el público oyó con agrado la obra, que no protestó en toda la noche y que muchas veces aplaudió lo que era menos malo.

Pero el crítico rabioso huele siempre en el sitio que se merece.

No ya las obras que el público acoge con benevolencia, y obtienen pasadero éxito; sino las obras silbadas escandalosamente deberían ser dignas de respeto y consideración para los críticos rabiosos.

La censura razonada y digna no es, ni puede ser, ataque grosero que tiende á herir la personalidad.

Nunca hay derecho para calificar con epítetos insultantes la obra desgraciada.

Solo los críticos rabiosos le usan con todas, buenas y malas, por aquello de que la impunidad es madre de los vicios.

Por fortuna, vuelvo á repetir, nadie hace caso de esas viborillas inocentes, cuyo veneno corroe sus propias entrañas y enturbia su saliva.

De mí, sé decir... y creo que á todos mis compañeros le sucede lo propio—que jamás leo las críticas rabiosas cuando estreno una obra.

A falta de críticos serios é inteligentes, mi crítico es el público. Cuando este me silba, aprendo; cuando me aplaude, quedo satisfecho.

Ya pueden decir al día siguiente todos los críticos rabiosos lo que mejor les plazca. Estoy seguro que no han de confesar la verdad, y que han de seguir su sistema.

En cambio, y como natural compensación, no faltan en la prensa española periodistas imparciales y bien educados, que censuran las obras sin faltar al respeto que todo hombre se merece, y que bajo la forma digna y culta de un buen escritor, condenen lo malo y aplaudan lo bueno.

A estos siempre debe el autor darles las gracias.
Al crítico rabioso lo único que puede dársele es un consejo.
Que siga... rabiando.

M. PINA DOMINGUEZ.

YA ESCAMPA.

El último número de *La Fusta* que he recibido, dice que su articulista ha estado ausente.

Pues mire usted; no le había echado de menos. Después añade que su ausencia le impidió contestarme.

¡Diablos! ¡Y en el número anterior dedica á LA BOMBA nada menos que dos columnas!

Si por desgracia el articulista permanece quieto en Lorca, lo menos me propina cuatro planas.

A bien que en su último número poco le ha faltado para hacerlo así.

No han sido cuatro planas las que ha destinado para contestar á LA BOMBA, pero han sido cuatro columnas.

Que para decir algo, me parece que hay bastante. Y sin embargo, á pesar de tantos renglones, no he sabido ver el argumento.

Que tiene un sobrino que es un calavera. ¡Gran noticia!

Que me ha llamado periódico callejero. ¡Jesús María y José! ¿Ha visto usted qué desvergüenza?

Que por poco me dice que lo que escribo acerca los asuntos de Lorca, es para adquirir suscripciones en aquella ciudad.

Esto sí que me hubiera aplastado. Haga usted el favor, por lo tanto, de encargarme que no me lo diga, porque ¿qué será de LA BOMBA si tiene que enmudecer y pierde las suscripciones de Lorca?

Sí, amigo mío, sí; ate usted corto á su sobrino, que bien lo merece.

Como le deje usted solo otra vez no doy un perro chico por mi pellejo.

Todo lo demás que por propia cuenta del articulista estampa á continuación *La Fusta*, no es más que un farrago de palabras que no sirven para otra cosa que para llenar espacio, sin que se conteste concretamente á uno solo de los cargos que ha dirigido LA BOMBA á la administración desgraciada del señor Pelegrin.

Y como LA BOMBA no ha de repetir en cada número lo que ya ha dicho tantas veces, preciso será acabar con los escapaderos á que tan aficionada se muestra *La Fusta*, diciendo al pelegrinino colega que espero la contestación á lo que le dije en el número anterior, en el cual, anticipándome á sus deseos, concreté claramente los puntos de discusión.

Para concluir, voy á contar una historia al cofrade lorquino.

Había en Lorca, no hace muchos años, un pobre hombre conocido por don Francisco Rodenas.

Ese original sugeto tenía una afición extraordinaria á sermonear.

Mediante la propina de unos cuartejos, se colocaba en la acera de la primera calle en que hallaba auditorio que quisiera oírle, y allí con voz estentórea, con ademanes exagerados, encajaba á sus oyentes una cosa que él llamaba sermon y que los fieles oían derramando lágrimas como melones, ó reventando de risa, que para el caso es lo mismo.

En este momento me parece que estoy oyendo á *La Fusta* exclamar:

—Bien ¿y qué pito toca aquí esta historia? ¿Qué tiene que ver un sermon de don Francisco Rodenas con el asunto que estamos dilucidando?

—Cachaza, mi querido colega, cachaza: voy á proseguir.

Don Francisco Rodenas al oír los gemidos de sus oyentes, se exaltaba más y más; sus gritos se oían á una legua á la redonda, y á no contar con una garganta privilegiada, de fijo que se hubiera visto precisado á dejar el sermon para otro día.

Este espectáculo se veía en Lorca bastante á menudo en los tiempos á que me refiero y muchos oyentes escuchaban con verdadera admiración las palabras de Rodenas.

¡Por qué esa admiración?

Yo se lo diré á *La Fusta*.

Don Francisco Rodenas, poseía una cualidad tan poco común, que no la he observado en ningún otro hombre. Hablaba una hora seguida sin la más pequeña interrupción; de su boca salían las palabras con una facilidad asombrosa, sin que jamás vacilara un solo momento y, lo que era más admirable, cuando concluía, no había dicho absolutamente nada.

¡Comprende ahora *La Fusta* la moraleja del cuento? Pues aplíquese la y procure no imitar á Rodenas.

El domingo anterior, á las nueve de la noche, dejó de existir nuestro estimado amigo y querido correligionario el diputado á Cortes por el distrito de Manresa, Excelentísimo Sr. D. Eduardo Reig.

No encontramos palabras suficientes para demostrar el profundo sentimiento que tan irreparable pérdida nos ha causado.

Buen amigo, buen padre, buen patricio, cuantos tuvieron el gusto de tratarle no podían menos de sentir hacia él aquella simpatía hija de las recomendables dotes que le adornaban.

Afiliado al partido constitucional puede decirse desde su niñez, fué un constante defensor de los principios políticos que sustentaba, sin que jamás el desaliento entibiara en lo más mínimo su ardiente fe.

El Sr. Reig ha muerto joven, puesto que no tenía más que 38 años.

Su pérdida ha dejado sumidos en el mayor desconsuelo no solo á su apreciable familia, sino á los innumerables amigos con que contaba.

LA BOMBA, que se honró siempre con la amistad del Sr. Reig, al derramar una ardiente lágrima sobre su tumba, levanta sus preces á Dios para el eterno descanso del finado y para que conceda á su apreciable familia la resignación tan necesaria en estos terribles momentos.

TEATROS.

Los conciertos que el conocido pianista M. T. Ritter ha dado en el teatro Principal, durante la semana que acaba de transcurrir, han tenido el privilegio de llamar no escasa concurrencia, que con repetidos aplausos ha demostrado al célebre ejecutante el aprecio que nuestro público sabe hacer de los artistas de verdadero mérito.

Parece que se prepara en dicho teatro un baile de espectáculo, habiendo sido ajustados por la Empresa las hermanas Pezzatini, que no muchos años atrás obtuvieron muchos aplausos en el mismo escenario.

«Nunca es tarde cuando llega», podían decir los concurrentes y abonados del Gran Teatro del Liceo la noche del pasado miércoles al acabar de oír la tan anunciada obra del maestro Boito, *Mefistófele*, pues por último, veían cumplidas las repetidas promesas que de poner dicha obra en escena, se les habían hecho no solo por la actual, si que por anteriores Empresas. Hoy la promesa es un hecho, y sea cual fuere el recuerdo que la obra deje, implántese ó no en nuestra escena, la verdad es que los aficionados deberán guardar reconocimiento á la actual Empresa, por haberla puesto en escena, por más que al hacerlo haya incurrido, en los detalles, en defectos, otro día subsanables.

Dejando preámbulos á un lado y entrando ya de lleno á cumplir nuestro cometido, confesar debemos que el asunto nos embaraza sobremanera, pues no es grano de anís el dar cuenta de una obra de las condiciones de *Mefistófele*, con una sola audición. Si esta tarea ya enojosa de sí es pesada y difícil para los que con autoridad y ciencia tienen obligación de hacerlo, figúrense los apuros de un revistero que habla de música, como decían los romanos, *ex equo ex bono*. Por esto no nos permitiremos terciar en los debates que la obra citada dará margen, ni mucho menos á fallar en definitiva; nos limitaremos á comunicar nuestras impresiones, sin perjuicio de rectificarlas si audiciones sucesivas de la ópera nos demostrasen que nos habíamos equivocado.

La gran dificultad que tenía que vencer el maestro Boito era el argumento, pues habiendo escrito sobre el mismo tema Gounod su obra maestra y siendo esta universalmente conocida, era preciso evitar que las situaciones fuesen iguales, para que involuntariamente no naciesen las comparaciones acerca la interpretación que cada uno diese al mismo asunto. Este escollo ha sido salvado en gran parte. Boito, que es á la vez músico y poeta, compuso el mismo el libreto de su ópera y para ello escogió los pasajes culminantes de la gran obra de Goethe y no ciñéndolo, como el autor del libro de Gounod, á los amores de *Fausto* y *Margarita*. Este diferente punto de vista ha hecho que casi no se encuentren dos situaciones iguales y hasta permite que las mismas sean tratadas de un modo completamente distinto.

Dominado esto, ya lo demás era cuestión de escuela, toda vez que Boito, separándose casi por completo del corte de las piezas musicales del teatro italiano, entraba en la senda trazada por Wagner. No es este punto ni ocasión de dilucidar cuál es el mejor sistema: meros cronistas, vamos solo á decir la impresión que una primera audición nos causó.

El prólogo es quizás lo mejor de la obra, y es cosa segura que el final del mismo, siempre que sea convenientemente ejecutado, ha de ser estrepitosamente aplaudido en todas partes.

En el segundo acto es muy notable el cuarteto del

... como los señores Cánovas y Romero, que el actual Gobierno es el mejor de los posibles y que las oposiciones no tienen posibilidad alguna de triunfar.

En la cuestión del transito-Bartol, dijo el señor Fort... en pleno Ayuntamiento, que tenía la prensa de...

... siendo muy original el alegato. En el segundo... de este año hay también algún trazo digno de...



Me declaro soldado del gobierno actual, al que he de dar todo mi apoyo.

(Cánovas del Castillo en el banquete de los Campos Eliseos de Barcelona.—Octubre 1879.)

Y otro le presentó el discurso. Inconvenientes de las modas. Resplandor de tiempos pasados. Ella iba ataviada a lo navarro. Y ellos habrán servido en el benemérito cuerpo del...

... en España, añadió el jefe de los hispanos, con la misma... en Valencia, Linares, et al. de carter...



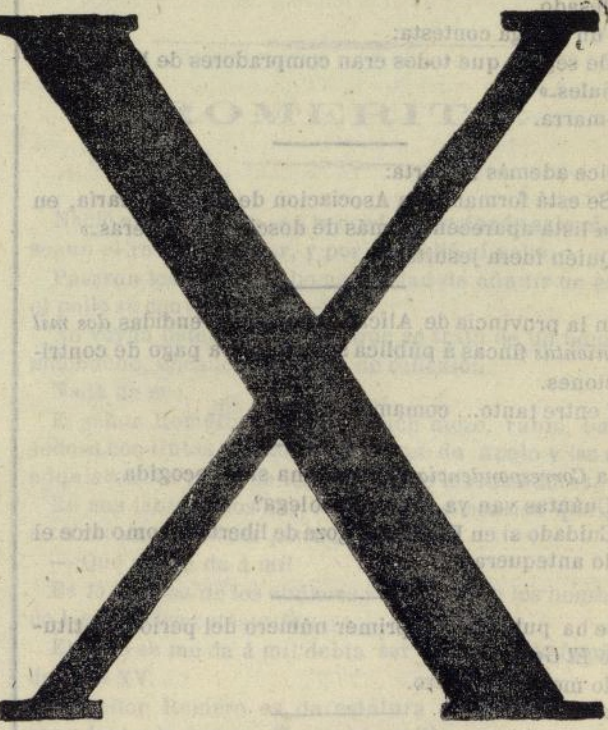
Dos meses después.

... que en España se nos como la miseria. Meñita, resplandor de tiempos pasados. En Sevilla se come a los señores reales el cubierto. Si esto es miseria, que venga Romero y lo diga. También dicen que el actual Gobierno no gobierna...



Y si en el partido liberal conservador no quedáramos mas que D. Antonio Cánovas del Castillo y yo, él seria el jefe y yo el soldado.

(Romero Robledo en el banquete de Sevilla.—Noviembre de 1880.)



¿Tardará en despejarse esta incógnita?

... Madrid se reparte con gran profusión el discurso pronunciado en Sevilla por el señor Romero Robledo. Pues muy usado, yo siempre había creído que de lo malo, poco.

jardin, siendo muy original el alegre. En el segundo cuadro de este acto hay tambien algun trozo digno de mencion. En el tercer acto hay un duo de soprano y tenor muy recomendable. En el cuarto hay trozos verdaderamente originales, y por último, es muy bonita la romanza de tenor del epilogo y la frase final de la orquesta.

Los honores de la ejecucion son en primer lugar para el maestro Faccio: á él se debe principalmente que la obra haya alcanzado éxito y sin sus especiales dotes, sin aquella pasmosa seguridad que comunica á todos cuantos están bajo su batuta, de temer era que hubiesen pasado desapercibidas las principales bellezas que la obra encierra. Así lo comprendió el público, aclamándolo y aplaudiéndolo con verdadero entusiasmo.

Después de haber pagado el precedente tributo al mérito de Faccio, justo es decir que las señoras Ferni y Maccaferri y los señores Barbaccini y Maini han hecho toda clase de esfuerzos para contribuir al buen éxito de la obra, y que estos no han sido desatendidos, pues el público les colmó de aplausos, alcanzando los honores de la repetición el cuarteto del jardín.

Orquesta y coros bien.

La *mise en escena* pobre: los trajes, salvo honrosas excepciones, mezquinos, y las decoraciones importadas de Italia, indignas de figurar en el escenario del Liceo.

Para terminar, un aplauso á la Empresa por habernos hecho conocer la obra de Boito, por más que hubiéramos deseado que hubiese sido más espléndida en los detalles.

CASCOS.

Algunas pollas barcelonesas la han dado en lucir capuchas frailunas y unos sombreritos muy parecidos á las boinas.

Bueno. Mandaré á llamar al cura de Flix para que las instruya en el manejo del arma.

Dicen que en España se nos come la miseria.

Mentira.

En Sevilla se come á doscientos reales el cubierto.

Si esto es miseria, que venga Romero y lo diga.

Tambien dicen que el actual Gabinete no gobierna.

Pero come.

Y esto siempre es algo.

He leído en un periódico, que tenemos en Barcelona un mocito que se ha casado tres veces.

No es mucho.

Yo conozco á varios sugetos que lo ménos se han casado seis veces con distintos sistemas políticos.

Una carta de Ujijar dice que se han instalado allí los jesuitas y que todos los señores de alta posición se han confesado.

Y un colega contesta:

«De seguro que todos eran compradores de bienes nacionales.»

Amarra.

Dice además la carta:

«Se está formando la Asociación de Hijas de María, en cuya lista aparecen ya más de doscientos solteras.»

¡Quién fuera jesuita!

En la provincia de Alicante han sido vendidas dos mil quinientas fincas á pública subasta para pago de contribuciones.

Y entre tanto... comamos.

La *Correspondencia Ilustrada* ha sido recogida.

¿Cuántas van ya, querido colega?

¡Cuidado si en España se goza de libertad, como dice el pollo antequerano!

Se ha publicado el primer número del periódico titulado *El Gratis*.

No me parece caro.

Segun el *Brusi*, se ha descubierto una defraudación de gran consideración en el padrón de una población de esta provincia.

¡Vágame San Ramon, y qué perturbación hay en nuestra administración!

En Madrid se reparte con gran profusión el discurso pronunciado en Sevilla por el señor Romero Robledo.

Pues mire usted, yo siempre había creído que de lo malo, poco.

En la cuestión del tranvía-Barral, dijo el señor Fontrodona en pleno Ayuntamiento, que tenia la prensa de su parte.

Y lo dijo tan serio como si hubiese dicho una verdad. ¡Qué cosas tiene el señor Fontrodona!

Dice *El Bien Público*:

«El señor Call, diputado por Tarrasa, está visitando los pueblos de su distrito, donde es objeto de las mayores atenciones.»

¡Y tanto! Toda la prensa nacional y extranjera se ocupa de las atenciones de que es objeto el señor Call.

Y añade *El Bien Público*:

«Concedor como pocos (el señor Call) de las necesidades que afligen á aquellos, ha empezado por fundar en Rubí un Centro económico proteccionista.»

¡Zape! ¡Pues no es nada lo del ojo!

Sobre todo si da los mismos resultados que su célebre proyecto sobre Bancos agrícolas.

No sé por qué el señor Call me parece un proyectista de primera fuerza.

Pero un proyectista y... nada más.

Todo se le vuelve formar planes y más planes, para dar por resultado, nada entre dos platos.

¡Por vida del señor Call!

La Política dice que los curas belgas se han entretenido en quemar maestros de escuela en efigie.

¡Bah! Esto no vale la pena de mentarlo siquiera.

Aquí lo hacemos mejor.

Aquí les quemamos la sangre.

Pero vivos y muy vivos; no en efigie.

Los magistrados de Sevilla no asistieron al banquete del señor Romero Robledo, fundándose en que existe una circular que dispone que los representantes de la justicia permanezcan apartados de la política.

Pues la lección fué oportuna.

«Donde veais el trabajo y la honradez—dijo Romero en Sevilla,—no mireis si hay entorchados, fraques, chaquetas ó blusas: allí hay un liberal conservador.»

Creo que el ministro no empezó bien.

Debia haber dicho: «Donde veais una cuchara..., etc.»

«¿En qué país se reúnen los políticos con más libertad que en España?» añadió el jefe de los húsares.

—Calle usted, hombre, en ninguno; contestarán los comités de Valencia, Linares, et sic de ceteris.

Parece que en la Habana se ha descubierto una fábrica clandestina de papel sellado.

¿Y qué?

Tambien el semanario titulado *Lo Romanso* ha sido denunciado por el fiscal de imprenta.

Nada; la situación no está *per romansos*.

Leo:

«En Piccadilly-Hall (Londres) se enseña actualmente al público un enano de 18 años y 21 pulgadas, al cual llaman el General Mise.

Cierto que no es gran figura;

más tengo yo para mí

que este general *titi*,

aún se encuentra á más altura

que algunos de por aquí.

Y sigue el cuento.

En Marchena se ha descubierto una irregularidad, número mil y tantos. Segun el colega á quien copio, el Ayuntamiento, compuesto, dice, de amigos del señor Candau, es el que ha hecho el milagro.

Ya comprenderán nuestros lectores que esta vez es un periódico ministerial el que da la noticia.

«Pasa de 60,000 duros lo que han absorbido ó malversado los correligionarios políticos del señor Candau que componian el Ayuntamiento de dicho pueblo que ha suspendido el Gobernador de Sevilla.»

¿A quién ha suspendido? ¿al Ayuntamiento ó al pueblo?

Y añade el mismo periódico:

«En la provincia de Burgos pasa de 4,000,000—hasta ahora—lo que ha desaparecido de los fondos de bienes propios.»

¿Tambien son amigos del señor Candau los que han hecho el milagro?

Niega un colega que don Francisco Silvela esté próximo á disentir del actual Gabinete, por más que no

crea, como los señores Cánovas y Romero, que el actual Gobierno es el mejor de los posibles y que las oposiciones no tienen doctrinas ni creencias, sino ciega ambición por el poder.

Si llega á disentir, ¿á dónde irá á parar?

Logogrifo:

Hablando de don Manuel Silvela, dice un colega lo que textualmente copio:

«Tambien se le indica para la comisión del Mensaje en el Senado; pero sobre la actitud un tanto reservada de dicho hombre público, se opondrá tambien á que el Gobierno le designe la solicitud con que el Marqués de Orovisio procura que se le indemnice de la cartera que de una manera hábil se hizo dimitir.»

Al que lo acierte se le regala un ejemplar del *Diario de Barcelona*.

Segun dice *El Bien Público*, periódico archi-ministerial, en la última sesión que celebró nuestro Ayuntamiento, hubo quien dijo que la mayoría del mismo solo se movía por intereses particulares, acusación gravísima que todos oyeron con gran sorpresa.

¿Solo con sorpresa, querido colega?

Decían ayer varios colegas de la localidad, que ha venido resuelto de Madrid un expediente, en virtud del cual pronto será un hecho el derribo de los almacenes de la ex-muralla de Mar.

No lo crean ustedes.

Ni la trompeta de Jericó basta para echar á tierra aquellos inverosímiles paredones.

El Bien Público encuentra poco sabor ministerial á la *Olla podrida* que el *Diario de Barcelona* ofreció ayer á sus lectores.

No es mal cocinero quien conoce los guisos.

Parece que el domingo último, al entrar una señora en la iglesia de San Jaime, un monaguillo le dió el «quién vive.»

Y otro le presentó el hisopo.

¡Inconvenientes de las modas!

¡Resabios de tiempos pasados!

Ella iba ataviada á lo Savalls.

Y ellos habrán servido en el benemérito cuerpo del *Recaté*.

Dice *La Voz de Cuenca*, que el alcalde de Cállica ha pedido autorización al Gobierno civil de aquella provincia para perseguir y exterminar á un terrible fantasma que se aparece por las noches á los pacíficos habitantes de dicho pueblo, los cuales están consternados con tal motivo.

¿Ya estamos en eso?

Por ese camino pronto llegaremos al capítulo de los milagros.

Pero, afortunadamente, no faltarian frailes para conjurar á los unos y hacer los otros.

Hay, por lo visto, empeño en que se construya el nuevo cementerio en terrenos de la llamada *Torre dels pardals*.

Por debajo de aquellos terrenos, segun cuentan, pasan varias cañerías de aguas potables destinadas al consumo de los barceloneses.

Supongamos ahora algunas filtraciones, y tendremos que en tiempos de Cuarema no podrá ningun buen cristiano hacer su puchero con las aguas aquellas.

¡Como que se expondría á promiscuar!

Segun *El Bien público*, (edición de Barcelona de ayer), en el banquete de Lérida, mi amigo el señor Balaguer «ha dicho más de lo que debia.»

«¡Y ménos de lo que podía»—añado yo.

En San Sebastian, el Ayuntamiento ha prohibido á unos frailes que ejerzan la industria de mendigar.

Pero el gobernador ha revocado tal acuerdo.

Y héteme aquí un conflicto.

Tanto, que se ha acudido al Consejo de Estado para que lo resuelva.

Quedo en comunicar á ustedes el resultado.

Aun cuando puede cualquiera suponerlo de antemano.

¡No faltaria más sino que se dejasen morir de hambre á los pobrecitos frailes!

¡¡Qué mendiguen!!

IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.^a—BARCELONA.